

Plegaria del aviador que muere

Señor, rey celestial, creador del cielo y de la tierra.

Ya estoy viejo y hace tiempo no vuelo. Mi corazón extenuado apenas bombea vida a este cuerpo, cubierto de piel reseca que se pega a los huesos como cartón. Tengo el alma preparada para la partida, hacia el viaje infinito a través de la vastedad del universo, por los planetas de Copérnico y Galileo, por las lunas que soñaron Armstrong y Gagarin, por las brillantes constelaciones ya exentas de miedos ancestrales, y las graciosas galaxias con brazos de soles y de cometas.

Muero feliz, mi ser agonizante desborda agradecimiento por tu generosidad al bendecirme, cuando aún era joven, con el don sublime de volar. En ese momento me hiciste capaz de elevarme hasta el azul más diáfano con resplandecientes alas plateadas y divisé extasiado, la magnitud y el esplendor de tu obra. El verde negro de las selvas contra el gris cetrino de las cordilleras, el azul intenso y misterioso de los océanos, lamiendo el blanco de la soledad perpetua de la Antártida. Enérgicas nubes de tormenta, dorados atardeceres encendidos, albas que pintaron de azul y ocre los cerros pedregosos de Piriápolis.

Ya nada me retiene a La Tierra, está tibio el aceite del T-6 etéreo e intemporal que me elevará a lo inmenso de tu reino. Pero en este instante de despedida un ruego implora mi espíritu, la última y encarecida gracia, para este hijo tuyo pletórico de gratitud y de alabanza.

Padre de bondad, ahora que el momento del encuentro está cercano, reserva para mí la cabina trasera del Farman de Cesáreo que nos guía hacia Playa Malvín en majestuosa formación, desde la aurora misma de nuestro destino, y concédenos a todos los aviadores el encanto único de una charla con Saint-Ex y el Principito.

Amén.

Daniel Puyol

2013

Plegaria del aviador que muere

